

Revista de Educación

(ABRIL - JUNIO 1957)

REVISTA DE EDUCACIÓN

ROMUALDO ARDISSONE
CARLOS A. DISANDRO
EMILIO ESTIÚ
JUAN HARTMANN
LUIS MARÍA RAVAGNAN
GUSTAVE WELTER

Toponomástica bonaerense
El estilo de Fray Luis de Granada
Filosofía y existencia
La enseñanza de la cosmografía
El niño que delinque
El mecanismo del pensamiento primitivo

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

F. GARCÍA JIMÉNEZ, *La novela argentina de costumbres (III)*. LECOMTE DU NOÛY, *Los objetos de la ciencia*. CH. MOREAU - VAUTHIER, *Los colores según la ciencia*. MIREYA VECCHIOLI, *Macrocosmos y Microcosmos*. F. MILLEPIERRES, *La política pitagórica*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

ROGER GAILLAT, *La morfopsicología*. AUGUSTO CORTINA, *Literatura Infantil*. G. HIGHET, *La preparación*. M. DEBESSE, *Los métodos pedagógicos*. M. B. TRÍAS, *Educación y sociabilidad*. R. HUBERT, *Los progresos de la educación artística*.

LECTURAS

R. L. STEVENSON, *La noche*. LEN HOWARD, *La alondra*. J. ORTEGA Y GASSET, *Trasmundos*. A. CABRERA, *La leyenda del pelícano*. J. H. FABRE, *El grillo*.

LENGUAJE Y ESTILO

J. B. SELVA, *Diptongos y Triptongos*. A. MARASSO, *Los refranes y las fábulas*. C. ORLANDI, *Una simple cuestión de preposiciones*. A. PARDO V., *Lengua y literatura*. V. GARCÍA DE DIEGO, *El léxico literario*.

LIBROS Y REVISTAS

SOCIÉTÉ TOULOUSAINE DE PHILOSOPHIE, *El hombre y su prójimo*. UNESCO, *Arte y educación*. A. R. CORTÁZAR, *Indios y gauchos en la literatura argentina*. WILL DURANT, *Filosofía, cultura y vida*. LA REDACCIÓN, *Comentarios y extractos de Revistas*.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

OSVALDO J. RUDA, *Heidegger y lo poético*. J. THOMSON, *Relaciones del hombre con otros seres vivos*. C. VILLAFUERTE, *La ciencia del folklore*. G. NANNETTI, *Un nuevo tipo de biblioteca popular*. N. RIVERA, *El templo del sol*. P. ROUSSEAU, *La industria en tiempos de Pericles*. LA DIRECCIÓN, *Traducciones*.

CRÓNICA

HAROL G. MERRIAM, *¿Qué es el ensayo?* WILLIAM OSLER, *Un estilo de vida*. AMIGOS DEL SUELO, *Manifiesto*. JUAN M. COTTA, *Payadores que vi o traté*.



INTERVENTOR NACIONAL EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Coronel don EMILIO A. BONNECARRERE

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Doña ELENA A. ZARA DE DECURGEZ

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Don GUILLERMO A. NAVEIRO

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen, con numeración corrida, cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1853

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Abril de 1957

Año II Nº 4 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Toponomástica bonaerense. Visión panorámica

1. — *Confluencias toponomásticas. Punto de vista geográfico.* — Sobre la amplia faz del territorio bonaerense registramos una gran multitud de topónimos, cuyo aspecto cuantitativo no es el momento oportuno para proceder a puntualizar; pero, es fácil observar que su notable riqueza numérica ha de vincularse a una abundancia más o menos concomitante desde el punto de vista cualitativo. La consideración de las dos manifestaciones de los nombres de lugar —por la cantidad y por el significado— pone en camino para lograr un conocimiento de indudable expongamos algunas ideas genéricas. Así, en primer lugar, diremos que resulta axiomático el interés lingüístico traduce con acentuada fidelidad las peculiaridades de cada parte de la superficie terrestre.

Antes de iniciar el desarrollo del tema que, en esta ocasión, debe ceñirse a unos rasgos apenas orientadores, expongamos algunas ideas genéricas. Así, en primer lugar, diremos que resulta axiomático el interés lingüístico por la toponomástica; además, los nombres de lugar vienen de un pasado más o menos remoto, en cuyo transcurso muchos sufrieron modificaciones de mayor o menor entidad, por lo cual el aporte del saber histórico suele responder a una elevada proporción. Ateniéndonos al significado de los topónimos, el interés que éstos susciten, puede afectar a una larga serie de ciencias que nos excusamos de enumerar al comienzo del presente escrito pero que, luego, es probable que afloren con mayor o menor claridad, a medida que vayamos esbozando las principales facetas del tema.

mos, algo así como el fondo presente pero inerte del proceso toponímico.

Pues bien; se trata de un territorio que se extiende nada menos que por 307.569 Km²., superficie que equivale o aún supera a la de algún país importantísimo desde muchos puntos de vista. Es natural que, dentro de fronteras tan latas, los hechos fisiogeográficos sean numerosos y de variada índole. Sin embargo, el cuadro resulta comparativamente uniforme, por cuanto carece de diferencias acentuadas y de verdaderas estridencias o, por lo menos, tales manifestaciones no abundan. El paisaje bonaerense suele hacerse coincidir con una gran porción de la región geográfica argentina llamada *La Pampa*, es decir, *la llanura*. Esto es, un ambiente regular.

Es claro que semejante aspecto no ha de pretenderse encontrarlo por doquier y de manera perfecta, pues, más allá de Bahía Blanca pasamos al ambiente patagónico; por el NE se extiende el amplio frente megapotámico del Paraná y del Plata; por el SE y S aparece la inmensidad oceánica; sin embargo, por el O y NO el límite es dado por un meridiano, un paralelo y una línea de referencia, es decir, por una frontera convencional que corta la unidad natural y, en mucho, también humana.

Si en la parte perimetral se registran diferencias, sucede algo por el estilo en el interior de la figura, pues, en medio de la pampa dilatada surgen —aunque excepcionalmente, pero de significación que no admite exclusión— los dos sistemas montañosos casi enteramente insulares: el complejo de Tandilia y la Ventania. Consignemos unos niveles orientadores: los extremos van desde una leve depresión hasta sobrepasar un tanto los 1.200 metros sobre el mar. Lo demás, es decir, casi la totalidad del territorio constituye la llanura baja e inmensa que, en detalle, no es enteramente monótona, pues acusa diferencias perceptibles que influyen sobre otros hechos geográficos y se traducen en interesantes repercusiones toponímicas.

No obstante esa uniformidad relativa, además de las diferencias de relieve que no alcanzamos siquiera a bosquejar, el cuadro fisiógeno ofrece una multitud de facetas geológicas, edafológicas, hidrológicas (fluviales, limnológicas, subterráneas, marítimas), climáticas y biológicas (fito y zoogeográficas).

4. — *Nexo de la toponimia con los hechos fisiógenos o fisiotoponimia.* — La revisión de la toponimia pone de manifiesto la correlación con la faz poliédrica fisiogeográfica. Hagamos abandono del deseo de penetrar en la aparente maraña del desarrollo del tema. Conformémonos con presentar aquí unos ejemplos escuetos, pero que satisfacen plenamente la necesidad de ilustrar la existencia del problema.

Así, en orden a la orientación, no falta *Oriente*; en el cabo San Antonio registramos la *punta Norte* y la *punta Sur* y, entre los lugares propicios a la actividad balnearia citamos *Mar del Sur*. La cromogeografía que se ocupa de un aspecto de gran significación en el paisaje, nos suministra influencias toponímicas atestiguadas en estos ejemplos: *Loma Verde*, *punta Colorada*, *balneario Mar Azul*, *estancia la Blanqueada*, *Bahía Blanca*.

Las manifestaciones geológicas, topográficas y petrográficas aisladamente o más o menos entremezcladas, aparecen de manera bastante frecuente: *arroyo Conchitas*, *río de las Conchas* (ahora Reconquista), *punta Médanos*, *estancia los Médanos*, *estación Las Toscas*, *cerro Áspero*, *cerro Tres Picos*, *punta Redonda*, *cerro El Morro*, *estancia Zanjón*, *punta Mogotes*, *Arrecifes*, *cerro Bonete*, *estancia Las Lomas*, *laguna El Rincón*, *laguna Las Barrancas*, *estancia Loma Alta*, *arroyo Despeñadero*, *estancia El Abra*, *La Cañada*, *cerro Redondo*, *estancia La Pampa*, *estancia La Colina*.

Puestos ya en tren de ejemplificar vinculaciones, vamos a seguir con las manifestaciones climáticas de *La Nevada*,

almacén *El Pampero* y estancia *Las Brisas*. Hay dueños de propiedades rurales que gustan denominar conforme a las estaciones y a las partes del día: *La Primavera*, *El Verano*, *El Otoño*, *Las invernadas*, *El Alba*, *La Alborada* y *El Mediodía*.

De ellas pasamos a las correspondencias hídricas de *El Bañado*, laguna *Salada*, laguna *La Dulce*, arroyo *Dulce*.

El párrafo de los nexos toponímicos con la biogeografía es susceptible de abultarse; para evitar lo desmesurado, con la economía asignada al presente escrito, vamos a frenar el impulso de dar rienda suelta a la muestra de abundancia que la flora y la fauna sirvieron de inspiradoras epónimas de los hechos geográficos. Como documentación basta la mención fugaz de unos nombres, en el orden vegetal: *El Caldén*, estancia *Los Algarrobos*, estancia *Las Isletas*, estancia *El Cardal*, laguna *Espadaña*, estancia *Espartillar*, estancia *El Retamo*, estancia *El Tala*, estancia *Las Margaritas*, estancia *Los Ombúes*. A fin de quedarnos dentro del campo de la fisiotoponimia, se impone estar alerta, por cuanto la inclusión del nombre de plantas no autóctonas, es decir, importadas en el ambiente bonaerense por obra del hombre, nos llevaría necesariamente al capítulo de fitopónimos conectados con los hechos de geografía antrópica. Precisamente, el ombú (*Phytolacca dioica*) exigiría ese mismo traspaso si se demuestra de modo categórico que tal especie, no obstante su origen americano, no existía en la pampa de Buenos Aires, en tiempos prehispánicos.

Consideraciones por el estilo deben formularse respecto de los zootopónimos, pues el cuadro zoogeográfico experimentó acentuadísimas modificaciones desde el Descubrimiento y más de una especie exótica llegó a connaturalizarse hasta el punto de provocar fácilmente apreciaciones erróneas, en cuanto a la procedencia. Expresada la observación, digamos que los hallazgos de zootopónimos son frecuentes y de ellos sirvan estos pocos ejemplos: *estación*

El Guanaco, laguna *Los Leones*, estancia *El Puma*, estancia *El Carancho*, puesto *Los Peludos*, estancia *El Chajá*, punta *Lobo*, estación *El Zorro*, estación *Aguará*.

5. — *Nexo de la toponimia con los hechos antropógenos o antropotoponimia. Adecuación toponímica.* — Terminado el esbozo de los fisiotopónimos, nos queda por presentar las grandes líneas de los antropotopónimos que, según ya insinuamos, para este ambiente bonaerense, es el capítulo de mayor riqueza. Comprende dos órdenes de topónimos: los de significación antropogeográfica y los que responden a otras manifestaciones humanas. Esta última categoría, aunque no carezca de explicación y, con frecuencia pueda justificarse por tal o cual motivo, acusa un divorcio que muchas veces logra ser total entre las condiciones precisas del epónimo y de la cosa denominada. Nos hallamos así abocados a la correspondencia o adecuación entre los dos elementos del problema que deben manifestarla, a menudo, en alto grado, de manera patente y necesaria.

El asunto es de índole que se presta a ejemplificaciones y discusiones amplias y variadas. Mencionemos simplemente de paso que, si bien es cierto que juzgamos plenamente justificado el hecho de que un partido se denomine *Olavarría*, otro *Coronel Suárez*, otro *Coronel Pringles* y otro más *Caseros*, en cambio, no vemos la relación necesaria que deba existir precisamente entre cada denominación y el partido al cual se haya aplicado.

De modo análogo, sin objetar que una de las numerosísimas estaciones ferroviarias de la Provincia lleve el nombre de *Ombú*, encontramos justificada la crítica de quienes nos digan que la estación así llamada no sea la más adecuada. En efecto, si semejante denominación responde simplemente al propósito de recordar al famoso ombú (*Phytolacca dioica*) —la resolución ministerial no aclara absolutamente nada—, hemos de convenir que su localización adolece de un grave defecto, pues, resulta ex-

tremadamente excéntrica con respecto al área que, en el territorio bonaerense, corresponde tanto a la especie vegetal mencionada como a la toponimia que de ella deriva, que indudablemente señala una mayor intensificación en la zona del Nordeste¹. Piénsese que la estación del ferrocarril General Roca se encuentra en el cuartel octavo del partido de Coronel Suárez. Ahora bien, si el origen del nombre se resuelve así: «En homenaje al combate librado el 16 de febrero de 1827, durante la guerra con el imperio del Brasil»², cabe asimismo observar que no es visible el nexo necesario entre este recuerdo y tal estación precisa.

En el mismo orden de ideas, son harto numerosas las estancias que, si no es desde el punto de vista del gusto o capricho del propietario, tanto da que lleven el nombre de *Los Primos*, *La Isabel*, *La Eugenia*, *La Josefa*, *La Beba*, *Don Lucas*, *La Figura*, *Tres Enriques*, *Tía Ana*, etc., etc., o cualquier otro, por cuanto estas denominaciones no evidencian nada intrínseco de las peculiaridades de los hechos geográficos en cuestión. Vaya un ejemplo más: al Oeste de Necochea existe la estancia *El Tupungato*; ahora bien, ¿qué relación de igualdad o, cuando menos, de similitud existe entre esta entidad geográfica y el sinónimo paisaje cordillerano mendocino, entre esta chatura pampeana y ese gigantesco cerro andino?

6. *Toponimia de influencia aborígen.* — Lo dicho ya es bastante para dejar al margen el problema de los topónimos adecuados, problemas que, en realidad, planteamos implícita o explícitamente realizando cualquier estudio que aclare los nombres de lugar. Por lo tanto, vamos a exponer

1. ROMUALDO ARDISSONE, *Influencia del ombú en la toponimia sudamericana*, en *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, IV, 65. 112/3, mapa fuera del texto, Buenos Aires, 1940.

2. FF. CC. SUD, OESTE Y MIDLAND, *Guía Comercial*. 1947, 520, Buenos Aires.

unas noticias acerca del influjo toponímico ejercido por los habitantes, según su clasificación étnica, influjo que, de un modo o de otro, resulta esencial en cuanto se considere el aspecto cuantitativo, como asimismo muchas facetas cualitativas, pues, la población es bien multifacetaria de acuerdo con su procedencia y el momento histórico que se tenga en cuenta.

En primer término, los habitantes del vasto escenario bonaerense los polarizamos en dos grupos fundamentales: a) los indios aborígenes o inmigrados y b) los de procedencia extraamericana en tiempos ya próximos, ya remotos y que, en conjunto, son postcolombianos. De todos ellos son bien conocidas sus características y el hecho nos exime de extendernos y aún de puntualizar cada aspecto. A lo sumo, diremos unas palabras acerca de manifestaciones que se ligan estrechamente con el tema que se ventila en estas líneas.

Callaremos aquí de los aborígenes lo concerniente a su origen y al problema de si fueron homogéneos o si, en cambio, tuvieron mestizajes, migraciones y substituciones; únicamente diremos que hubo cambios en tiempos históricos afectando la distribución geográfica, algo el género de vida y, por ende, la influencia toponímica. Es seguro que no sólo los indígenas que ocuparon las pampas dilatadas fueron creadores directos o indirectos de nombres de lugar, sino que, en cierta proporción, este influjo lo ejercieron asimismo los aborígenes marginales o de zonas vecinas, como lo atestiguan los nombres de *Paraná*, *Paraná Miní*, *Paraná Guazú*, *Tubichaminí* y *Tuyú*.

En general, la vida espiritual era limitada; la vida material lo era casi todo y los medios de subsistencia dependían en alto grado de la explotación de la fauna, a lo que se agregó luego el equino y el vacuno, por la aparición del blanco. De ello, lógicamente, hay proyecciones toponímicas. La población global no adquirió nunca cifras elevadas; en consecuencia, raleaba la densidad y la instala-

ción tuvo caracteres efímeros, es decir, fué regida por el nomadismo, por la inestabilidad.

Pese al número reducido de habitantes, la actitud belicosa fué la norma frecuente que inspiraba las relaciones de tribu a tribu y los conflictos con el blanco conquistador jalonearon un largo período, hasta llegar a la solución definitiva del problema, a la conquista del *Desierto*, con la expedición de Roca en 1879. Dada la estrecha vinculación del problema aborígen con el proceso de la conquista del suelo bonaerense, de mayor o menor duración, según sectores, los indios dejaron numerosos y variados sellos toponímicos que se pueden descubrir con toda facilidad, además de los contados ejemplos presentados en líneas anteriores.

En primer lugar, aparece una larga serie de nombres de origen indígena, evidente por el idioma al que pertenecen, aunque para varios no se ha logrado despejar aún todas las incógnitas. Despreocupándonos, por el momento, de su significado, mencionamos unos cuantos topónimos a título de ejemplos: *Chascomús*, *Chivilcoy*, *Ajó*, *Epecuén*, *Carhué*, *Trenque Lauquen*, *Quequén*, *Claromecó*, *Guaminí*, *Chasicó*, *Tapalqué*, *Tandil*, *Vulcán*, *Puán*, *Chapadmalal*, *Napaleofú*, etc. Existen casos de doble filiación o de mestizaje como sucede en *Caldén Guazú* y en *Banderaló*. Este último ejemplo señala el injerto español de la palabra *bandera* con la araucana *lo*, adoptando la construcción indígena, pues, el compuesto se traduce por *Médano de la Bandera*. Semejante hibridismo trae a la memoria *Alpacorral*, *Cuchicorral*, *Suripozo* y tantos más de otra región toponímica argentina.

En esta serie no para el influjo de los indígenas, por cuanto, hay una buena cantidad de otros nombres que pertenecen a la misma categoría general, pero que, casi todos, se expresan con voces españolas, haciendo caso omiso de los topónimos simplemente traducidos, como es el caso de *Azul*, llamado por los indios *Callvú*. Es la huella dejada

por el largo período de lucha, con la acción y la reacción, con los episodios cruentos y los latrocinios de los *malones* y las expediciones punitivas o de venganza, con el drama del cautiverio y las zozobras de las sorpresas, con los sistemas de ataque o de defensa, con el nombre de tribus y de caciques, junto con el género de vida y los intentos de transformación religiosa y social. Todo ello, pese a que ya van completándose ocho decenios desde la fecha terminal de ese ciclo histórico provincial, conserva un múltiple y patente eco toponímico que se prestaría a un fecundísimo estudio analítico, como tantas otras facetas del tema general. En efecto, aquí y allá surgen nombres de esta naturaleza: *estancia La Tribu*, *estancia Los Toldos*, *punta Indio*, *estación Querandí*, *estación Pehuelches*, *estación Calfucurá*, *estancia El Cacique Negro*, *estación y arroyo Indio Rico*, *Patagones*, *General Villegas*, *estación La Zanja* (recuerdo del sistema defensivo llamado *Zanja Alsina*), *Atalaya*, *sierra La Vigilancia*, *estancia y cerro El Centinela*, *almacén El Bombero*, *El Divisadero*, *estancia El Mangrullo*, *estancia La Cautiva*, *río y partido Matanza*, *estancia La Reducción*, *laguna de Los Padres*, *estancia El Fortín*, *estancia El Nuevo Vichadero*, *estancia Los Ranqueles*.

Pero, por más caudaloso que sea el manantial indígena del territorio bonaerense, hay que tener presente que existen topónimos aborígenes que son bonaerenses, simplemente por hallarse dentro de las fronteras provinciales; sin embargo, su procedencia es muy otra. Hablamos aquí de nombres por el estilo: *Junín*, *Ayacucho*, *Chacabuco*, *Maipú*, *Yapeyú*, *Ituzaingó*. Estos nombres son suficientemente significativos para entender que se trata de topónimos aborígenes americanos cuya presencia en la pampa bonaerense es independiente de la vida de los indios locales, de manera que la denominación responde a otro motivo; en el caso especial, se debe recurrir al propósito de recordar algunas batallas célebres de la historia sud-

americana o al nombre de un lugar vinculado a la vida de nuestro héroe máximo.

7. *Influencia toponímica de los principales grupos étnicos no aborígenes. Papel decisivo de la lengua castellana. Cosmopolitismo.* — Aparte del elemento aborígen, bien sabemos que la demogeografía acusa la intervención de otro, desde comienzo del siglo XVI y que es de primera magnitud, sea considerado por el número de individuos o por trascendencia toponímica, como tratamos de bosquejar. Es el que llamándose *blanco, europeo, conquistador, español, cristiano, civilizado*, bien o mal se contrapone al *indio, bárbaro, salvaje, habitante del Desierto*.

No es de extrañar que el proceso histórico, que no es el caso de exponer, por cuanto, resulta archiconocido, haya dado la primacía al *español*, dentro del complejo *blanco o cristiano*, aunque en ciertos momentos el territorio provincial haya albergado más italianos que españoles entre su población extranjera. Es que el *español* tuvo a su favor el dominio asaz largo y, a los efectos particulares de nuestro tema, el aporte del idioma que, necesariamente, interviene en el acondicionamiento de la toponimia desde el punto de vista formal. Además, es lógico que el influjo haya cobrado multitud de facetas especiales, en concordancia con la idiosincrasia del español inmigrado y de sus descendientes más o menos recientes o remotos. Se fué creando un clima al que se amoldaron los habitantes de otros orígenes, claro está, sin perder algunos de sus caracteres que pueden descubrirse en la población actual, como asimismo aflora en más de una expresión toponímica. Estas acotaciones son suficientes para entender que la realidad no permite establecer una relación exacta entre el número de individuos de un grupo componente de la población y su contribución a la toponimia. Este influjo reconoce la existencia de factores especiales, aunque el número de individuos haga reconocer algo a su favor; pero, es indudable

que la acción toponímica se manifiesta más o menos fecunda y reviste caracteres peculiares en armonía con los caracteres del grupo humano y del momento histórico en que se efectúa su actuación. Gracias a ellos se reconocen especiales sellos toponímicos cuantitativos y cualitativos.

Por lo pronto, así como registramos la presencia directa o indirecta del *indio*, encontramos la del *blanco* en su adaptación al ambiente, realizada en mayor o menor grado, o en lo que recuerde costumbres, ideales y países de origen. Así, podemos ejemplificar con: *estancia La Criolla, laguna Los Gauchos, colonia Los Gringos, estancia La Francesita, cerro de Los Vascos y estancia Los Chinos*.

De esta serie pasamos casi insensiblemente a los topónimos similares, que son síntomas del aspecto demográfico provincial que, como bien se sabe, presenta unos ribetes de cosmopolitismo. Este rasgo acusa unos acentos de gran magnitud para varias nacionalidades y así, a la vez, el cosmopolitismo toponímico no es nada uniforme si se toma el término en sentido absoluto, sino que la realidad evidencia también grandes desequilibrios con registros abundantes para ciertas partes de la superficie terrestre, con míseros para otras y hasta con grandes ausencias. Llamados a suministrar unos testimonios, tenemos: *estancia La Francia, estancia Los Pirineos, estancia Bella Suiza, Iberia, balneario Ostende, balneario Orense, Pontevedra, Miramar, Nueva Roma, La Caledonia, La Bélgica, estación Líbano, etc.*

En la lista, el cosmopolitismo consiste en la réplica de topónimos de otras partes del mundo. Existe otra forma de cosmopolitismo toponímico y lo tenemos en los nombres que nos traen fechas y figuras históricas, costumbres y lugares de otros países, apellidos y nombres de personas o cualquier otra expresión que señale la influencia de un idioma que no sea aborígen ni castellano. En tal influencia lingüística se pueden incluir los topónimos de figuras de la historia argentina cuyo apellido no pertenezca a

esos idiomas. Además, buena proporción corresponde al sello personal directo dejado por extranjeros o sus descendientes, que con sus nombres o apellidos bautizaron un gran número de hechos geográficos.

Muy conocida es la contribución correspondiente a los vascos; en efecto, es bien fácil encontrar ejemplos, sea en la serie de los *macrotopónimos*, como podríamos llamar a los aplicados a los partidos, sea a los de menor extensión hasta llegar a los francamente *microtopónimos*. Veamos unos cuantos: *partido y ciudad de Olavarría, partido de Esteban Echeverría, colonia Miguel Estevarena, Juan Anchorena, Berazategui*.

Que el aporte toponímico italiano sea de magnitud considerable, no es de extrañar, pues, se filtra a través de la numerosísima inmigración itálica (muy activa en el sector agrícola) y de los descendientes, que constituyen un porcentaje singularmente elevado de la población de la provincia. Así, podemos traer a colación unos cuantos ejemplos tomados al azar: *Ameghino, General Belgrano, puente Humberto 1º, arroyo y cerro Bachicha, Don Bosco, Cardenal Cagliero, Lazzarino, villa Castellino, estación y estancia Crotto, Aldea Romana, villa Pronatto, Nicolás Descalzi, parque Mattaldi, estación Pirovano, Bancalari, etc.*

La contribución toponímica francesa es también importante y resulta uno de los exponentes de la vinculación de primer orden que la historia señala entre la provincia de Buenos Aires y ese país europeo de extraordinaria gravitación mundial. Ejemplos corroborantes son: *La Liberté, General Rondeau, Cambacères, estación Dufaur, Daireaux, Longchamps, estancia Verdun*.

Mención especial merece el influjo ejercido por los habitantes originarios del archipiélago británico que cuantitativamente abulta mucho y, sin hablar de cifra exacta de topónimos, por cierto, nos atrevemos a afirmar que es mayor que la correspondiente a otros grupos humanos que

contribuyeron a poblar la Provincia. El hecho debe asignarse al papel excepcional desempeñado en la vida económica de ésta y otras partes del territorio argentino. En este orden la obra británica que ya asoma en el período colonial, pasa a ser astro de primera magnitud durante el período independiente y es decisiva en ciertas manifestaciones, con inmediata y especial repercusión toponímica. Un análisis somero descubre en seguida ejemplos como éstos: *estancia New Home, estación Roberts, Hurlingham, estación Barker, estación Gowland, estancia Maryland, City Bell, asilo Open Door, Henderson*.

Aunque haya numerosos topónimos aborígenes, aunque se eleve un tanto el de los vascuences y de los anglosajones y no falte alguno germánico y de otra familia lingüística, el hecho es que la mayoría pertenece a la gran familia latina, como que asimismo los habitantes proceden, en su mayor proporción, del tronco de los pueblos latinos que, en los tiempos modernos, substituyen la unidad antigua con la serie de las hablas neolatinas. Como si el sello no fuese suficiente, existen varios topónimos de ropaje latino. Así tenemos, entre unos cuantos otros: *haras Stella Maris, estancia Corpus, valle Corpus Christi* y el mismo nombre del país —Argentina— que suena tan grato y se repite en más de un lugar. Además, otros nos dan la forma latina —pese a varias inexactitudes—, como *estancia El Eucaliptus* y *estancia Los Eucaliptus*, aunque su origen sea griego. De este idioma no faltan otros y así mencionamos: *estancia Omega, fortín Irene, estancia La Eudisia, estancia La Eulalia, estancia La Eufemia*.

8. *Nexos topónimos con la ecogeografía y la actividad humana.* — Lo dicho acerca del aspecto lingüístico ya puede colmar la medida que le asigna el plan de este escrito; por lo tanto, ha llegado al momento de pasar al bosquejo de otras facetas que aún quedan en buen número, antes de finalizar el tema. Así, anotamos la repercusión de la

ecogeografía, es decir, de lo relacionado con la geografía de la vivienda sea en cuanto a las construcciones principales, sea en cuanto a las accesorias, auxiliares o parciales, como lo atestiguan estos topónimos: *estación Ranchos, Los Galpones, Tapiales, Los Toldos, El Palomar, estancia La Choza, estancia La Tapera, El Mirador, estancia El Chalet, estancia La Aldea, estancia El Palacio, estancia La Azotea, villa Constructora.*

Es lógico que un buen capítulo lo origine el género de vida agropecuario que tanto ha significado en la *mise en valeur* de los campos bonaerenses. Un lugar de singular importancia reviste la ganadería, como en el eco toponímico lo demuestran ejemplos de esta naturaleza: *laguna de los Bueyes, La Tablada, estancia Las Merinas, El Bañadero, cerro La Invernada, Cuatrerros, laguna El Toro, Las Vaquerías, arroyo Los Cueros, almacén El Torito, laguna La Manteca* y la misma *estación Newton* que rememora al iniciador del uso del alambrado, es decir, de la práctica tan vinculada al progreso de los cultivos y de la cría de animales en las pampas.

Lo asociado con el caballo requiere una mención particular, pues son numerosos los topónimos que expresan facetas del animal —especialmente cromáticas—, de su cría y de su aprovechamiento. Al respecto espigamos los siguientes testimonios: *Bragado, Moro, Tordillo, estancia El Pangaré, estancia La Espuela, estancia El Bagual, estancia El Bagualito, estancia El Palenque, estación El Recado, estancia Los Potros.*

La actividad agrícola con los sembradíos y plantíos, junto con las variadas manifestaciones a ellos vinculadas, da a su vez una buena cosecha toponímica como lo expresan estos ejemplos: *estancia Los Frutales, estancia Los Olivos, puesto La Noria, Las Chacras, estación El Trigo, estación Espigas, estancia El Silo, estación Las Parvas, estancia Los Tilos, estancia Los Robles, estancia Los Pinos, esta-*

ción La Vitícola, estancia La Alfalfa, estancia Las Casuarinas.

En otro orden de ocupaciones, es posible mencionar nombres de lugar como ser: *desvío Cantera, Baradero, almacén El Carretero, estación Abasto, estación Talleres* (ahora Remedios de Escalada).

9. *Repercusión toponímica del optimismo y del pesimismo. Predominio del primero.* — Abandonemos ahora el dominio de los géneros de vida en su exposición directa, por cuanto vamos a ocuparnos a continuación de la toponimia que trasunta sentimientos e ideales colectivos de grupos e individuales. El proceso puede ser obra de las autoridades o simplemente de factura privada. La cosecha resulta fácil por ser abundantísimos los nombres de este orden; pero un examen establece diferencias que permiten hablar de una serie de especies. Por lo tanto, hay topónimos que, aun reconociendo en su origen la intervención de factores subjetivos, se impone aceptar asimismo una intervención más o menos directa de factores objetivos, de manera que los nombres de lugar constituyen una correspondencia innegable entre los habitantes y las condiciones de tiempo y lugar; vienen a ser exponente de la actitud del hombre frente al medio en que actúa. Otros topónimos, en cambio, evidencian un divorcio acentuadísimo, si no absoluto, con las condiciones intrínsecas del hecho geográfico denominado.

La primera serie es muy interesante y permite apreciar la exteriorización de dos sentimientos antagónicos, o sea, la formulación de un juicio individual o colectivo acerca de lo bueno o de lo malo, de lo agradable y de lo desagradable, de lo atrayente y de lo repulsivo, de la facilidad y de la restricción, de la riqueza y de la miseria, del progreso y del retroceso, del estímulo y del desaliento. En resumen: se trata del optimismo y del pesimismo. La existencia de estos sentimientos y su exteriorización toponímica no es lícito adjudicarla al azar, a simples capri-

chos, sino que responde a una serie de causas geográficas particularmente activas en la historia provincial.

Intentamos un esbozo, por separado, de ambos sentimientos. Comenzamos por el optimismo. Por lo pronto, la extensión del territorio, que se acerca a un tercio de millón de kilómetros cuadrados, contribuye a formar en los habitantes un sentido de amplitud. Además, confluyen favorablemente las buenas condiciones climáticas, el suelo fértil, la topografía regular propicia a las comunicaciones y la excelente posición hacia el continente, los grandes ríos y el océano, que permite el intercambio con los países ultramarinos; todo ello despierta la concepción de fáciles condiciones de vida, desarrolla la creencia de que el progreso no es un mito sino algo tangible y de ritmo acelerado; hace pensar en la creciente riqueza colectiva con grandes probabilidades de que ésta no sea ilusoria para muchos de sus habitantes, cuyos esfuerzos se ven premiados por el bienestar, cuando no se alcanzan grandes fortunas. Los progresos económicos van acompañados por otros, como ser los demográficos y así vemos que, no obstante la poda de lo correspondiente a la Capital Federal, esta parte de la región pampeana, desde el número exiguo de indios nómadas de hace unos cuatro siglos, ha pasado a ser albergue de cinco millones de habitantes, como aproximadamente cuenta en nuestros días. Este sentimiento de optimismo tiene amplias y profundas raíces. Según Juan Agustín García, nace en el período colonial. En efecto; este historiador caracteriza del modo que sigue a la sociedad de entonces:

«Creo que tres o cuatro sentimientos se destacan con bastante nitidez: *la fe en la grandeza futura del país*, el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, que han sido los motivos de la voluntad social en esa época»³.

3. JUAN AGUSTÍN GARCÍA, *La ciudad indiana (Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII)*. Segunda edición con juicios críticos de Grousset, Morel Fatio, Leonardon y Unamuno, 365, Buenos Aires, 1909.

Pero el hecho de haber aumentado tanto el número de habitantes, de haber impulsado la formación de tantas y tantas poblaciones, muchas de ellas urbanas, de haber desarrollado la cultura, de haber contribuido notablemente con su actividad agropecuaria a la función de la *carnicería* y del *granero del mundo*, de haber creado una industria, no implica, desgraciadamente, la ausencia de más de un defecto, de una faz negativa. La medalla de esta provincia es maravillosa pero, como medalla ofrece dos caras: la que corresponde al anverso, es decir, la faz positiva o del optimismo y la que corresponde al reverso, es decir, a la faz negativa o del pesimismo.

Las adversidades no han faltado nunca y son de orden fisiogeográfico y humano; es claro que la índole, la intensidad, la duración y la localización señalan diferencias de mayor o menor magnitud. Así, resulta que existen suelos malos o poco aptos, incide sobre la economía la erosión hídrica y eólica, hay consecuencias más o menos desastrosas de sequías e inundaciones y hacen acto de presencia plagas agropecuarias. De manera análoga, ejercen influjo negativo las luchas con el indio, las guerras civiles, las espirales de la especulación excesiva, las depresiones económicas regionales y mundiales, las torpezas de orden personal.

Ante el anverso y reverso de la medalla, las denominaciones de los hechos geográficos ¿pueden resultar intactas? La toponimia ¿puede resultar indiferente ante el sentimiento de optimismo o de pesimismo que embarga a los habitantes? No lo creemos y para pronunciarnos de esta manera nos fundamos en la observación. Por cierto que no todos los hechos geográficos se polarizan toponímicamente hacia una u otra categoría de nombres, pero muchos responden sin duda a la solicitud.

Corresponde ejemplificar un poco el asunto. Así, de los asociados con el optimismo vamos a dar estas muestras: *estancia La Prosperidad, estancia La Felicidad, estancia*

Vista Alegre, puesto El Porvenir, villa de San Fernando de la Buena Vista, estancia La Esperanza, estancia La Alegría, estancia La Primera, cabaña El Recreo, estancia La Victoria, estancia El Triunfo, estancia Las Delicias, estancia La Fortuna, estancia El Progreso.

No faltan testimonios de la serie opuesta, como vemos en los casos que suministramos a continuación: *estancia La Postrera, Las Ruinas, estancia La Miseria, punta Desnudez, estancia El Desengaño, estancia y laguna Las Averías, estancia La Pelada, estancia Vieja, Las Vinchucas, estancia Mal Abrigo, arroyo El Perdido.*

Como las dos series tienen carácter antagónico, surge inmediatamente el deseo de conocer la proporción relativa. El planteo es lógico, pero la respuesta no puede darse, ahora, por lo menos en forma exacta; sin embargo, teniendo en cuenta los ingredientes físicos y humanos del ambiente bonaerense y disponiendo de una noción general, aunque imprecisa, de la realidad toponímica, nos inclinamos resueltamente en favor del optimismo. No puede ser de otro modo, pues los elementos favorables del medio son mucho más numerosos e intensos que los desfavorables; por ende, es de creer que el sentimiento de la esperanza triunfe sobre el de la decepción ante la necesidad de bautizar hechos geográficos.

10. *Ecos toponímicos religiosos e intelectuales.* — Con esto no agotamos las posibilidades de hallar otros motivos toponímicos, sino muy al contrario, por cuanto aún no agotamos tampoco los estados de ánimo, los ideales, los gustos, los caprichos reales o aparentes.

Así el sector del sentimiento religioso encuentra en la toponimia una expresión asaz frecuente y variada, tanto que, sin temor a equivocarnos, afirmamos que constituye uno de los capítulos más importantes. Sirvan de ejemplo unos cuantos *hierotopónimos*: *Capilla del Señor, Exaltación de la Cruz, La Providencia, estancia Los Ángeles, es-*

tancia El Oratorio, estancia El Milagro, estancia La Fe, estancia El Infierno. En el género de los *hierotopónimos* abunda la especie de los *hagiotopónimos* o nombres de lugar vinculados al culto de los santos. En efecto; aparecen: *San Nicolás, San Vicente, San José, San Francisco, San Antonio, Santo Tomás, San Jorge, San Miguel, San Ignacio, Santa Leonor, Santa Catalina, Santa Clara, Santa Lucía, etc.*

Un caso de frecuencia nos lo ofrece la zona de influencia de la estación Valdés, del Ferrocarril Roca, donde sobre nueve estancias, seis reciben nombre religioso: *San Ramón, San Juan, Santa Isabel, San Pedro, San Jesús y Santa María*, y llegamos a siete si añadimos *Cruz de Guerra*⁴.

No siempre debe incluirse en una categoría un topónimo ateniéndonos lisa y llanamente a lo que podríamos llamar forma o significado aparente. Es el caso de *San Martín*, cuya presencia en el escenario bonaerense migra siempre, o casi siempre, de la *hagiotoponimia* para ingresar en la toponimia patriótica, pasa del culto de los santos al culto de los héroes. Algo por el estilo corresponde expresar con el topónimo *El Paraíso* que, probablemente, se asocia de manera directa con el nombre del árbol.

Una observación análoga merecen otros nombres, como es el caso de *Lourdes* que, en apariencia, se asocia con esa población pirenaica, es decir, se trata de una *poleotoponimia* o denominación urbana, de lo cual hay abundancia de ejemplos, mientras que, en realidad, este nombre de *Lourdes* se inspira en el rasgo fundamental de esa población, en el famoso santuario que, en el curso de un siglo, transformó en ciudad la prístina aldea.

Tampoco faltan las correspondencias con las grandes figuras intelectuales del país o del extranjero, acudiendo para la función epónima a los apellidos de hombres de

4. FF. CC. SUD, OESTE Y MIDLAND, *Guía Comercial*, 1947, 202.

ciencia, literatos y artistas: *cerro, población urbana y estación Ameghino, estación Fulton, estación José Mármol, estación Roberto Payró, estación Martín Coronado, estación Pasteur, estación Volta, partido Esteban Echeverría*. Llegan a hacer acto de presencia hasta títulos de obras literarias o nombres de poetas legendarios, como sucede con la *estación Martín Fierro y barrio Santos Vega*.

11. *Género: Topónimos políticos. Especie: Topónimos patrióticos.* — Mucho más amplio y variado es el capítulo que manifiesta un nexo entre la toponimia y la política. Este género acusa la existencia de sectores especiales. Por lo pronto, existen nombres que expresan tipos de organización política general o particular, y de aspiraciones; en efecto; registramos ejemplos de esta naturaleza: *Libertad, Laguna Constitución, estancia La Paz, estancia La República, Fuerte de la Federación, estación Cabildo, estación Virreyes, estación Real Audiencia*.

Luego, se presenta un número elevado de topónimos que expresan el sentimiento patriótico, verdadera manifestación de culto profesado hacia las grandes figuras de la historia del país que se distinguieron por su actuación guerrera, política, social y cultural. Su existencia responde al recuerdo reverente, al justiciero homenaje rendido hacia quienes bregaron en el proceso formativo provincial y nacional; hacia quienes merecieron el reconocimiento de la Patria, pues fueron sus héroes militares y civiles. Tal toponimia nos da el sentir colectivo: es obra de las autoridades, como asimismo, en más de una oportunidad, es el fruto de la iniciativa privada, síntoma reconfortante del apego de la población hacia el pasado. Hay algo más. Tales nombres de lugar, además de ser un homenaje a quienes bien lo merecieron, responden a un propósito, a un plan, más o menos consciente y sistemático. En efecto; se trata de una toponimia llamada a educar la población; con ella se suministra a los habitantes una continua y

fecunda lección histórica encaminada a recordar figuras y acontecimientos que tanto contribuyeron a formar nuestro ambiente. La lección derivada de repetir con frecuencia esos nombres familiariza con la historia y el resultado es particularmente fecundo en este medio donde debe estimularse cualquier factor encaminado hacia la adaptación de los habitantes de tan variadas procedencias, hacia la formación de un sentimiento solidario. Es indudable que la toponimia puede suministrar —administrada una parte de ella con tacto— más de un grano de arena a la obra constructiva, orientada hacia el logro de una cohesión, de una coexistencia armónica de los elementos constitutivos de nuestra sociedad.

Dicho esto, sólo nos queda presentar la muestra de una fácil ejemplificación: *General Belgrano, Mariano Moreno, Rivadavia, General Pueyrredón, Alberti, Saavedra, Olavarría, General Rodríguez, Coronel Dorrego, General Lavalle, Valentín Alsina, Adolfo Alsina, General Sarmiento, Bartolomé Mitre, Avellaneda, Balcarce, Castelli, General Alvear, Almirante Brown, Coronel de Marina Leonardo Rosales, Juan María Gutiérrez, José Hernández, Melchor Romero*, etc. No hemos incluido en la lista al *General San Martín*, porque constituye un ejemplo especial, por cuanto la toponimia bonaerense, además de registrar directamente su nombre, nos da una familia de nombres derivados de su vida y de sus proezas: *Yapeyú, Chacabuco, Maipú, barrio El Libertador, Boulogne, Remedios de Escalada*, sin hablar de tantos héroes que se le asocian.

En la serie tienen cabida, a su vez, los nombres y las fechas de acontecimientos políticos y militares de importancia, como ser: *25 de Mayo, Sol de Mayo, Suipacha, Chacabuco, Maipú, Caseros, Tres de Febrero, 9 de Julio, 1º de Mayo*. Las fechas suelen abundar entre los establecimientos de campo y, las más de las veces habrán de corresponder a sucesos de orden circunstancial, de impor-

tancia individual o poco más: estancia 28 de Agosto, estancia 13 de Julio, estancia 16 de Julio, estancia 19 de Julio, estancia 12 de Enero, estancia 27 de Octubre, etc. Por cierto que alguna fecha epónima es de importancia mundial, como ser 12 de Octubre y aprovechamos la circunstancia para decir que, asimismo, algunos nombres de personajes célebres de la historia de otros países hacen su aparición. Sirvan de ejemplo *Lincoln*, *Juárez* y *Garibaldi*.

12. *Toponimia numérica, circunstancial y femenina.* — Hay expresiones cuantitativas algo frecuentes para designar a estancias. Cuando cobran esta forma: 7 Lomas, Cinco Lomas, Tres Lagunas, es evidente una asociación con elementos del mundo físico y se espera una adecuación. Frente al nombre de *Los 4 Hermanos* vemos que la relación resulta más circunstancial y sospechamos que se refiere a los propietarios, a una condición familiar. Pero las denominaciones de: *La 37*, *La 50*, *Los Cuatro*, *El 45*, *El 63*, *El 25*, *El Tres*, por no especificar nada, poco contribuyen para ponernos en claro la explicación de su origen, siempre que no estemos al corriente de las circunstancias. Acaso tengan que ver con el número de propiedades similares de los dueños. Siendo así, se establece un nexo con la fisiogeografía o geografía de la propiedad.

De orden más o menos circunstancial son también los topónimos que repiten el apellido de dueños de terrenos, hombres de empresa, industriales, agricultores, granjeros, loteadores, etc., en estaciones, villas, barrios y quintas. Al respecto, podemos mencionar: *villa Klein*, *villa Ballester*, *estación Gerli*, *barrio Peluffo*, *vivero Costantini*, *vivero Diharce*, *vivero Calé*, *barrio Fiorito*, *quinta Galli*, *balneario Bagliardi*, etcétera.

Evidentemente muy circunstanciales son los topónimos que se encuentran con frecuencia en las estancias y expresan nombres de mujer. Para atestiguarlo bastan estos

pocos ejemplos: *La Alicia*, *Rosa Isabel*, *La Carlota*, *La Susana*, *La Juanita*, *La Esther*, *La María Luisa*, *La Carolina*, *La Julia*, *La Raquel*, *La Mamuela*, etcétera.

13. *Duración, transformación y substitución de topónimos.* — Las facetas consideradas hasta aquí son numerosas, sean de orden general o especial; pero, aun queriendo dejar algo en el tintero o concediendo bastante al olvido, deseamos añadir unas palabras a fin de esbozar un tanto la duración de los topónimos que no pueden ser todos de la misma edad, como la historia bonaerense lo evidencia. En efecto; no hubo simultaneidad en el conocimiento de los hechos fisiogeográficos y tampoco la hubo en el bautismo llevado a cabo para individualizarlos. A la vez, el cuadro antropogeográfico señala un proceso aún no terminado de creación o modificación de hechos antrópicos —agrarios, mineros, de instalación, de circulación, fisiogeográficos, etc.—, a los cuales también correspondió denominar.

Dadas estas condiciones resulta que hay topónimos antiguos, pues comienzan nada menos que, en el siglo XVI, por lo cual podríamos llamarlos de primera hora. Son de este arraigo: *Buenos Aires*, *Río de la Plata*, *Paraná*, *Riachuelo* y *Matanza*. Frente a ellos están los topónimos modernos, de una modernidad completa, por cuanto son de factura de estos últimos años. Entre los extremos se sitúan numerosísimos de edad sumamente variada.

Cada nombre tiene su historia, pero, por desgracia, no toda historia es conocida, ni siquiera la de algunos topónimos usados desde hace mucho y cuyo origen preocupó a más de un estudioso, como sucede con *Samborombón* y algunos otros, pese al hecho de Procusto etimológico en el que fueron colocados.

No obstante ser un período breve el que corre desde el Descubrimiento hasta ahora, comparado con la historia multiseccular de países europeos, en el ambiente bonaeren-

se existen también muestras de topónimos deformados por transcripciones o audiciones defectuosas, especialmente en los nombres de fuente aborígen, como ser *Curumalán* y *Curamalán*, por *Cura Malal*. Aun en nombre de origen español se observa un disfraz o erosión toponímica. Un hermoso ejemplar de esto es el descubierto por Outes respecto de *punta Hermengo* que representa una transformación de *Hermeneg* y ésta de *San Hermenegildo* ⁴.

Por lo dicho hasta ahora, podríamos creer que —salvo una que otra transformación— el proceso haya significado simplemente un aumento, un enriquecimiento de topónimos, verificado a la par del desarrollo experimentado por los hechos geográficos. Pero, por importante, por fundamental, que sea este aspecto, no hemos de olvidar una faceta que, a su vez, adquiere intensidad y frecuencia que, en muchas oportunidades, ha merecido los dardos de la crítica. Nos referimos al problema de las substituciones que, en algunos casos, arrasan con nombres tradicionales para usar otros nuevos no siempre justificados; en contraste, hay nombres que apenas asoman en los comienzos del hecho geográfico, son como vergonzantes y pronto se eclipsan hasta el punto que es difícil rastrearlos.

Por cierto que el hecho no se puede ni se debe condenar o elogiar en una simple frase, como quien dijese a libro cerrado, pues, la realidad exige un estudio más amplio, requiere aquilatar el pro y el contra en cada caso. Pero, también debemos convenir que se echó mano de las substituciones toponímicas con harta frecuencia, con ejemplos de gran ligereza y que no fueron acompañados siempre con

4. JOSÉ CARDIEL, *Diario de viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748. Precedido por un estudio biográfico del autor y una regesta de su labor literaria y cartográfica por el P. GUILLERMO FURLONG CARDIFF; y por una introducción, un análisis crítico del itinerario y de las cartas; y notas aclaratorias del texto por FÉLIX F. OUTES*, pág. 210, nota 2, Buenos Aires, 1930 [1933], en Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras. Serie A. Nº 13.

la suficiente adhesión de la opinión pública. La toponimia se esgrimió como arma, como instrumento, para conseguir ciertos fines. De esta manera, en la alternancia de la acción y de la reacción, en los cambios sucesivos de las situaciones, de las tendencias políticas, no es de extrañar que hayamos visto transformaciones sintomáticas en el ropaje toponímico, algunas de las cuales es dable afirmar que merecen el nombre de *flores de un día*, pues, su duración fué asaz efímera.

A estas acotaciones apenas tangenciales añadimos unos ejemplos tomados al azar y sin detenernos aquí en buscar el acierto o el error del cambio. Así, la estación *El Perdido*, del ferrocarril Roca mudó este nombre por el de *Francisco J. Meeks* y éste, poco tiempo después, cedió el paso al actual *José A. Guisasola*. La estación *José C. Paz* del ferrocarril San Martín se transformó, por unos años, en *Manuel de Pinazo* (figura de la época colonial recordada en el próximo arroyo Pinazo) para volver a llamarse *José C. Paz*, en tiempo reciente. El *partido de Morón* se transformó en *Seis de Setiembre* y luego volvió a ser *Morón*. Algo por el estilo sucedió con *Zárate*, como nuevamente se conoce, después de un intervalo en que se llamó *General Uriburu*. El topónimo *Guardia de Luján* tuvo una larga historia hasta que fué substituído por *Mercedes*, nombre que arraigó de un modo completo, pues, el anterior es apenas una reminiscencia. Más reciente es la substitución de *Barracas al Sur* por *Avellaneda*; sin embargo, este último nombre está consagrado también por el uso popular, a lo cual contribuye sin duda la conveniencia de olvidarse de *Barracas al Sur*, a fin de eludir probables confusiones con el barrio porteño de *Barracas al Norte* que, por aquel reemplazo, suele denominarse simplemente *Barracas*.

14. *Carácter de este escrito. Palabras finales.* — Estas líneas de toponomástica bonaerense significan sólo un contacto con el tema que es amplísimo y bastante complejo,

si se pretende realizar una investigación sistemática y, en lo posible, completa. El presente escrito debe tildarse de simple bosquejo, de visión panorámica; es una especie de *scorribanda*, algo así como un planteo que, si sugiere dificultades inherentes a un estudio detallado, asimismo desea ser expresión de estímulo para su verificación, confesión del propósito audaz de emprender el arduo camino y ánimo esperanzado de alcanzar la meta, aunque fuese modesta o parcial.

Por consiguiente, lo que presentamos ahora no es una verdadera síntesis; más bien debe juzgarse como algo introductorio, un mariposeo necesario para tener una idea aproximada del problema. Un buen estudio de la toponimia bonaerense pide tiempo largo, paciencia más o menos benedictina y adopción de procedimientos que permitan lograr la información adecuada, a los fines de la explicación satisfactoria que será la cumbre de la empresa, en su faz general y en aspectos particulares. El primer paso a darse deberá corresponder a la exposición del método adoptado.

De todo lo que antecede, deseamos extraer una lección. En efecto, alguien dijo que el hombre es la medida de las cosas y así vimos el papel esencial representado por los habitantes en la toponimia de la porción de superficie terrestre donde actúan. De lo dicho, se desprende que —aparte ciertos aspectos debidos al influjo fisiogeográfico mediato o inmediato— la toponimia bonaerense es el fruto de la población, es su exponente, hasta el punto que nos permitimos afirmar que dados tales habitantes obtenemos tal toponimia. Bien conocida es la influencia ejercida por la enseñanza en el acondicionamiento de la población de manera que, de modo directo o indirecto, habrá de manifestar una acción sobre los nombres de lugar que, en su nacimiento, en sus cambios o en su permanencia, dependen de las autoridades y de los particulares, es decir, de todo el pueblo. El asunto, además de un gran in-

terés especulativo, adquiere una importancia práctica digna de tenerse en cuenta.

Estudios futuros sistemáticos arrojarán luz sobre el escenario toponímico bonaerense, real o aparentemente confuso. Si se desea adoptar una imagen, diremos que esta toponimia más que un *bosque* es una *selva*, por enmarañada, por entrecruzada. En efecto, para ser *bosque* falta la unidad de especie en cada porción en que se divida el territorio; para ser *selva* falta generalmente la estratificación, pues, en la esencia misma de la toponimia se da la distribución superficial y no la superposición; pero tiene a su favor la mezcla, la alternancia muy grande de diversidad de nombres, aunque aquí y allá se descubra alguna mayor frecuencia; además, hay muchos casos de estratificación parcial que justifican la imagen selvática. De esta manera, corresponde emprender un estudio metódico de tal naturaleza que, con picadas y sobrevuelos, nos ponga en condiciones de despejar las incógnitas de la *selva toponímica bonaerense*.

ROMUALDO ARDISSONE.

El estilo de Fray Luis de Granada

Fray Antonio de Guevara tiene el gusto del discurso, por afán didáctico y oratorio. Fray Luis de Granada porque ha comprendido la múltiple riqueza de la *realidad* y de la *lengua*. Fray Luis de León cumple la perfección del orador ciceroniano: docto en la historia y en la filosofía, conocedor de la *naturaleza* y de la *lengua*, consciente de los valores *estéticos* de la obra literaria. El primero mide su intención por la espontaneidad del discurso, sometido a un ritmo de reiteración retórica; el segundo, por el movimiento de las formas creadas; el tercero, por el esplendor de los conceptos y la elaborada estructura de un rico pensamiento.

En Fray Luis de Granada el dinamismo oratorio se nutre del contacto entre el hombre y la naturaleza, con su diversidad cambiante y múltiple. De ella, toma, para el discurso, la potencia de las acumulaciones y antítesis, la exuberancia de nombres y verbos, nítida expresión de todo lo *exterior* y visible, que se ha incorporado a su mundo *interior* como una suerte de revelación. Es difícil saber hasta qué punto es lícito hablar del ciceronianismo de Fray Luis de Granada, si atendemos a las causas más hondas de su estilo. Éste es copia de la naturaleza y espejo de su diversidad, pero de una naturaleza vista no sólo con ojos filosóficos y teológicos, sino con la poética comprensión de las cosas individuales en su conclusa y singular belleza. Será ciceroniana la compostura idiomática de esa prosa, pero no el movimiento primero del estilo. Son muy conocidas las críticas de los aticistas romanos al modo asiático de Cicerón: riqueza sin plenitud, sin intimidad; falta de dialéctica descarnada, patetismo poco íntimo y

severo. Tales juicios no serían aplicables a la prosa de Fray Luis de Granada. Su incontenible fuerza oratoria no se ejerce simplemente sobre un conjunto *idiomático*, sabiamente manejado y dispuesto, sino que recoge la extraordinaria intensidad de las sensaciones. Fray Luis de Granada vive la *experiencia* afectiva de la naturaleza y ella impulsa el movimiento de su estilo. El ascetismo de su obra echa raíces en el conocimiento seguro de las cosas naturales, y su erudición filosófica y teológica no termina de abrirse a un panorama de hermosura visible. Esta constante apertura, por donde el escritor descubre la maravilla del cosmos, es el punto de partida para su talento literario. Las *cosas* por un lado, la *lengua*, por el otro, se hallan estrechamente anudadas por lo que hemos llamado experiencia afectiva de la naturaleza. Y en esta experiencia, conocimiento y ascetismo se unen en una atmósfera permanente de glorificación. Desde este punto de vista, la obra de Fray Luis de Granada es una diáfana lección de trabajo literario.

El número oratorio domina en el estilo de Fray Luis de Granada. En la *Guía de Pecadores*, el período surge por una necesidad oral, engalanado, diverso, minuciosamente construido; en cambio, en la *Introducción al Símbolo de la Fe*, nace por exigencia de síntesis doctrinal y descriptiva para abarcar el esplendor del orden universal. Podría suponerse que esta distinción nada significa en el aspecto literario. Sin embargo, una es la actitud de imponer una forma interior a la lengua, en virtud de normas compositivas, y otra, muy distinta, introducir en ella el colorido exterior, objetivo.

«Movíme a tomar este poco de trabajo —dice en la *Guía de Pecadores*— porque algunos predicadores celosos de la honra de Nuestro Señor y salud de las ánimas, deseaban que hubiese algún pequeñuelo volumen que tratase de todas estas cosas, el cual pudiesen encomendar en los pueblos donde predicasen, para que, pues la memoria de los

hombres es tan flaca y la voluntad tan tibia para lo bueno, pudiesen todos tener a la mano este pequeño despertador, para que ayudasen a la memoria con la escriptura, y a la tibieza de la voluntad con el calor de la doctrina, y para que no sólo en presencia, sino también en ausencia del predicador, tuviesen este familiar predicador en casa para todas las veces que le quisieren oír». (Ed. *La Lectura*, página 31).

He ahí la estructura de un período, desprovisto de toda complicación oratoria. No hay patetismo ni abundancia de elementos. Si se lee con atención, se observará cierta lentitud; los «para que» puestos al comienzo de un inciso hacen reposado el movimiento. Es algo curioso este desenvolverse del período en la prosa de Fray Luis de Granada. No siempre tiene, junto con la forma y los elementos oratorios, la intensidad del ritmo, que hace agrupar las diversas combinaciones e interrupciones dentro de un cauce cerrado y sinuoso, pero en la línea fundamental de un mismo impulso. La imagen fundamental de la *memoria* y de la *voluntad* se prolonga en la nueva imagen del *pequeño despertador*, de donde se regresa nuevamente a la primera consideración. Este enlace de las imágenes, en un verdadero ciclo, es probablemente efecto de los hábitos de predicación, pero al mismo tiempo resultado de una estructura latina en la composición. De todos modos, la riqueza y variación en estos ciclos constituyen características notables de este estilo. Ellas denotan, por otra parte, aquel íntimo enlace, ya señalado entre *lenguaje* y *realidad* a través de una *experiencia* afectiva del mundo concreto. Un estudio estilístico de la imagen en Fray Luis de Granada mostraría una suerte de *prebarroquismo*, donde la confianza en la realidad de las cosas otorga sentido a la acumulación literaria. En el *barroquismo*, en cambio, es la acumulación la que pretende fundar la realidad, en proceso de disgregación interior.

Fray Luis de Granada goza también con la plenitud de la lengua. Nombres, adjetivos, verbos, expresiones se agrupan en parejas. Todo es generoso y puro. La naturaleza entera es un símbolo viviente, de un inagotable esplendor; las criaturas componen un libro inefable, trazado con perfección divina, para significar los tesoros de la sabiduría eterna (Cf. *Símbolo*, Primera parte, I. 1). La adjetivación es muy rica en la *Introducción al Símbolo de la Fe*. Las plantas, los animales, los elementos y fuerzas naturales, que dan a Fray Luis abundante materia de consideración y composición literaria, se presentan ricos, ilustres, resplandecientes. En el *Símbolo* es muy evidente esa penetración de la naturaleza en el estilo del escritor; la observación amorosa proporciona la inagotable representación y descripción de las cosas, fundamento del desenvolvimiento literario. En cambio la *Guía de Pecadores* ofrece siempre una adjetivación más retórica, que busca el ánimo para impresionar más que para deleitar. Tomemos algunos ejemplos de la *Introducción al Símbolo de la Fe*:

...«¿Quién podrá declarar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandecientes rosas y la gracia de los prados pintados con diversos colores?» (*Símbolo*, I. Cap. X).

...«Y así quiso que no sólo el resplandor de las estrellas, que en las noches serenas vemos en el cielo, sino también los valles abundosos y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado». (*Id.* Cap. X).

...«¿Cuán admirable cosa que una pepita tan pequeña de una naranja tenga dentro de sí virtud para que de ella nazca un árbol tan hermoso como es un naranjo, tan oloroso cuando está florido y tan vistoso cuando está cargado de fruto?» (*Id.*, Cap. XXXVIII).

Pueden multiplicarse los ejemplos de adjetivación aplicada a los seres vivos como a las cosas inertes. Usa tam-

bién el epíteto de naturaleza con un crecido valor lírico: «una simple y espiritual sustancia», «un muy duro y recio casco...» El entusiasmo por la hermosura natural es placónico, sin duda (Cf. *Símbolo*, Cap. XII). Distingue dos maneras de conocimiento, el dialéctico o afirmativo, el pasivo o negativo (Cf. *Símbolo*, Cap. XXXVIII). El entusiasmo que domina a Fray Luis de Granada se desborda constantemente en la amplitud y en la acumulación deslumbradora. Surgen las preguntas, crecen las exclamaciones, se encienden los afectos y toda esta veste magnífica cubre a menudo la intensidad especulativa en la comprensión y el amor por la naturaleza y el hombre. No consigue nuestro autor un equilibrio firme y sereno, al modo de Fray Juan de los Ángeles, precisamente porque su obra prefiere el modo múltiple de lo visible y no la síntesis doctrinal y especulativa. El dinamismo de esta prosa crece a manera de una ola. Llegada la culminación en las enumeraciones y exclamaciones, el estilo desciende al tono con que el orador suele volver a la intimidad de un nuevo pensamiento, cuyo desarrollo creará el nuevo empuje ondulante. Abundan los verbos, pero sepultados en la imponente riqueza de nombres y adjetivos; se agrupan de a dos, de a tres, separados con sus respectivos complementos, o unidos directamente. Hay diversas formas de antítesis. Por su construcción, es idéntica en la *Guía de Pecadores* y en la *Introducción al Símbolo de la Fe*, aunque diversa por los fundamentos. En aquélla son frecuentes las reminiscencias bíblicas, y la oposición se torna violenta por causa de la marcada intención retórica; en ésta es simplemente expresión de la naturaleza visible, y en el fondo una enumeración más dinámica y original, que quita al estilo el tono de tratado para incorporarle las impresiones más próximas a la vida y a la realidad. No puede decirse que haya abundancia de metáforas. Por el contrario, son escasas en comparación con la movilidad y densidad de la prosa. Prefiere en general la expresión

directa. Las descripciones de la granada, de la azucena, de un árbol, de la caza de garzas con halcones, de las plumas del pavón, etc., son otros tantos ejemplos de su facilidad para unir la observación y el lenguaje, sin caer en monotonía didáctica ni en excesos literarios.

Fray Luis de Granada es un artista que junta la materia de los sentidos y la riqueza de la lengua castellana. La facundia española es en él lengua y naturaleza, filosofía y ascetismo moral. Su prosa realiza de una manera eminente el sentido espiritual y literario de un estilo. Éste es, en efecto, la ajustada traducción de una experiencia de la lengua y de las cosas, la que en el caso del escritor español se distingue por un tipo muy característico de relación entre lenguaje y realidad: la palabra resulta simultáneamente el descubrimiento natural y estético de la cosa que expresa o representa. Esto ocurre de un modo especial en la *Introducción al Símbolo de la Fe*. Por eso mismo abunda en esta obra el estilo que desde el punto de vista de la construcción retórica podríamos llamar *descuidado*, porque se intenta trasladar de una manera inconfundible los aspectos contradictorios y cambiantes de las cosas. Hay, pues, dos direcciones fundamentales en la obra literaria de Fray Luis de Granada: el trabajado ritmo y la permanente elaboración de la lengua, con lo que se acerca a Fray Luis de León; la manifestación, de una singular capacidad de recepción de la realidad y en particular de la realidad sensible, como sostén de otra, espiritual e inefable, por lo que anuncia a Santa Teresa.

CARLOS A. DISANDRO.

Filosofía y existencia

Quiero recordar que la filosofía de la existencia tenía —o tiene—, en Francia, diversos rostros, de los cuales destacaré los más vulgares. En primer término, hubo un existencialismo que llamaré «turístico». Supongo que está en plena decadencia. Pero después de la última guerra, el viajero que llegaba a París por lo general sabía dos cosas: que la Gioconda estaba en el Louvre, y que había extraños lugares, llamados «cafés existencialistas». Y como la mayor parte de las veces disponía de poco tiempo, se precipitaba a ambos sitios. La Gioconda, en efecto, ocupaba el puesto de siempre; los otros estaban dispersos por cualquier parte. Todo consistía en encontrarlos. Sin embargo, como en ciertos casos la oferta depende efectivamente de la demanda, también «existían» existencialistas: lo difícil era identificarlos. El viajero podía confundirlos con cualquier modo insólito de vivir, y quedar satisfecho; pero, al mismo tiempo, se sentía desengañado, pues el existencialismo tenía un rostro mucho más enigmático que el de la Gioconda, cosa que, por supuesto, no esperaba.

El segundo aspecto también se halla en borrosa penumbra, y asimismo en rápido proceso de decadencia. El existencialismo se había generalizado en Francia y luego en los demás países. Era aquello sobre lo que todo el mundo podía y debía hablar, a no ser que se demostrara culpable ignorancia. No participar del tema obligado, porque se lo desconocía, equivalía a confesarse un paria de la cultura. Y también en este caso, la demanda creó la oferta. Gente no capacitada técnicamente para leer un solo libro original —por desgracia difícilísimos— necesitaba urgentemente enterarse del contenido de la mágica pala-

bra. Y tal exigencia produjo multitud de libros y artículos de divulgación. Todos hemos padecido los resultados de la moda del existencialismo; por eso no hace falta que me refiera a ellos con prolijidad. Consistieron, para decirlo con dos palabras, en la frivolidad y la pedantería.

En la frivolidad, porque la gente se enteraba que el existencialismo era una filosofía que trataba sobre los temas de la muerte, la desesperación, la angustia, lo absurdo, la nada, el riesgo, etc. Y cualquiera puede opinar sobre tales cuestiones y hablar sobre ellas con la más candorosa irresponsabilidad. ¡Al fin había una filosofía al alcance de todo el mundo! Pero el pedante —que quiere distinguirse de todo el mundo, con frivolidad quizá más culpable que la otra— encontraba en el existencialismo la oportunidad de hacerlo. Enterado por los textos de divulgación de ciertos términos técnicos, identificaba el existencialismo con su jerga. Todavía hoy, a veces nos vemos acosados por gente que nos habla de «preeminencias óntico-ontológicas», de «nóemas en los cuales el *percipi* agota al *esse*», o de la «trascendencia inmanente del ser ahí en situación». El que con buena fe oye esto se siente desamparado. ¿Quién tiene razón, el frívolo, al hablar mundanamente de cosas que están al alcance de todo el mundo, o el pedante, que finge ignorar eso para refugiarse en misterios propios del iniciado? ¿Qué relación hay entre el que muy «existencialísticamente» nos dice que estamos condenados a morir — como si no lo hubiese sabido hasta leer el trabajo de fulano de tal o de haber asistido a equis conferencia— y el que nos afirma —como si entendiera lo que dice— que todo el núcleo de la nueva filosofía se halla en una correcta interpretación fenomenológica de los contenidos hylético-noemáticos del ser para sí?

Por supuesto, las relaciones existen, pero no en el plano en que la moda ubica esos problemas. Ella, justamente, ignora toda topografía, y es natural que saque a la filosofía de su lugar, disolviéndola o en la trivialidad o en el

falso exclusivismo de unos pocos. Yo entiendo como deber señalar que una filosofía de ese modo generalizada, sacada de quicio, no es ya filosofía; pero entiendo mucho menos a los que pretenden atacarla combatiendo una caricatura de la que el rostro original no es en absoluto culpable. Con otras palabras: estoy de acuerdo en ser el primero en reírme de las exageraciones fáciles de la divulgación y en condenar los excesos que la posibilitaron; pero no puedo admitir el desdén con que supuestos especialistas atacan —lo cual es harto fácil— la cubierta que la moda ha depositado sobre esta filosofía, como si con eso la invalidaran a ella misma.

Por supuesto, no me propongo hacer la apología del existencialismo; simplemente quisiera exponerlo del modo más claro posible, puesto que entendido como concepción teórica —y no hay otra forma de entenderlo— no necesita ser defendido ni atacado, sino, simplemente, comprendido.

Como cuestión preliminar, nos sale al encuentro el problema de los antecedentes de la filosofía de la existencia. No puedo eludirlo, porque tratamientos equívocos lo han oscurecido no poco. Sobre todo ciertos opositores, deslumbrados por un modo de pensar cuyo éxito atribuían a la originalidad de las nuevas ideas, intentaron mostrar que no era así, y que el existencialismo había sido desde siempre. Sólo mencionaré, como caso típico, un autor: Verneaux, que escribió un libro titulado *Lecciones sobre el existencialismo*, el cual hace poco tiempo mereció los honores de ser traducido al español. Pues bien, Verneaux cree demostrar, nada menos, que la fuente originaria de la filosofía de la existencia, en cuanto posición frente a la vida, se halla en la Biblia. He aquí sus propias palabras: «Para decir las cosas con precisión, a mi parecer las Santas Escrituras no solamente son la fuente primitiva de la actitud existencialista, sino también su tipo único y perfecto».

Para afirmar esto hay que tener una idea muy particular del existencialismo, y el autor la tiene, por cierto. Por si quedara alguna duda, Verneaux añade que Abraham, Moisés, San Juan, San Pablo y Jesús, son existencialistas. El Antiguo y el Nuevo Testamento están comprometidos e implicados en la cuestión. Pero no se trata de fantasía alguna, al menos así lo cree el autor, puesto que nos ofrece las siguientes razones para probar que él está en lo cierto. Primero: ninguno de ellos, Abraham, Moisés y los demás, especuló sobre las cosas, el valor del conocimiento, las categorías, las esencias y lo posible; segundo: no demostraron nada, ni siquiera la existencia de Dios; tercero: no formaron conceptos claros y distintos; cuarto: no construyeron sistemas racionales, y quinto: fueron testigos de lo visible. Que estos caracteres se encuentren, en efecto, en los escritos bíblicos es discutible; pero si fueran los de la filosofía de la existencia se desprenderían consecuencias en extremo curiosas. Juntándolos, podríamos decir que la filosofía de la existencia consiste en testimoniar la vida subjetiva de manera irracional, rapsódica y oscura. No habría en ella metafísica, ni ontología, ni teoría del conocimiento. Sería una filosofía sin filosofía, y quizá sostener semejante cosa haya sido la intención última y oculta de Verneaux.

No hace falta perspicacia alguna para advertir que semejante exageración gratuita no concuerda ni remotamente con los hechos, ni siquiera con los títulos de los principales libros que, casi sin excepción, aluden todos al problema del ser. No creo que nadie esté dispuesto a seguir las imaginaciones de Verneaux. Sin embargo, es cierto que por lo general se llevan las raíces del existencialismo a subsuelos demasiado remotos: hay quienes las indican en Pascal y Malebranche; otros, en Maine de Biran y Kierkegaard; algunos, van más allá y señalan como precursores a San Agustín, a los estoicos, a Sócrates. Me temo que de seguir descendiendo, también desembo-

quen en la Biblia. Mas el hábito de buscar y encontrar antecedentes obedece a una necesidad y prejuicio racionalista: el de explicar causalmente lo nuevo por lo viejo, como si todo estuviese predeterminado. Pero las creaciones reales, por el hecho de ser creaciones, tienen novedad y —como Bergson lo había visto muy bien— crean sus propias posibilidades, es decir, sus antecedentes, con el fin de poder ser entendidas. Si, por ejemplo, encontramos ciertas frases románticas en Bach, eso no significa que éste sea antecedente del Romanticismo, sino lo contrario, pues el movimiento romántico, la obra de un Schumann, es lo que nos permite hablar de romanticismo en Bach. Y lo mismo ocurre en nuestro caso. Ciertas afirmaciones de San Agustín, de Maine de Biran o de Pascal, se asemejan a determinadas tesis existencialistas; pero, ¿acaso sin la filosofía de la existencia podríamos haber hallado en aquéllos algo de semejante carácter? Incluso al mismo Kierkegaard llegamos a través de Heidegger o Unamuno, que lo sacaron del olvido, así como llegamos a Nietzsche a través de Jaspers. Es cierto que en las creaciones espirituales del hombre no hay generación espontánea ni producción desde la nada; pero tampoco es exacto creer que toda su actividad esté rígidamente determinada. Y en la filosofía de la existencia hay novedad: no tanta como la moda o el *snobismo* lo desean, aunque muy superior a la novedad negada por los que la conciben como mera síntesis de pensamientos históricamente dispersos.

Por lo dicho me parece, pues, que la cuestión de fijar remotos antecedentes es ociosa. En cambio no lo es la de indicar influencias concretas y directas, que son las que ahora paso a tratar.

Ya dije que después de la guerra de 1914, el tono de la filosofía estaba dado por Alemania. Entre las dos guerras, por tanto, los pensadores alemanes ejercieron constante acción sobre los franceses, la cual se intensificó cuando algunos de ellos se trasladaron a Francia, perse-

guidos en su propio país por el régimen nazi. Groethuysen, amigo de Scheler y de Heidegger, favoreció, por el año 1935, la actividad filosófica y literaria de algunos jóvenes franceses, principalmente la de Sartre. Landsberg, también discípulo de Scheler, llevó a Francia las ideas de su maestro acerca de la personalidad y de una sociología del saber —dominio éste en el que él había sobresalido de modo muy particular. Gurtvich hizo conocer las tendencias últimas del pensamiento alemán en un libro que tuvo inmensa difusión; y Koyré, por último, discípulo de Husserl, influyó poderosamente sobre el movimiento fenomenológico francés. Fundó una revista, la ya mencionada *Recherches philosophiques*, que hacía pareja con el *Jahrbuch*, que en Alemania había dirigido Husserl. En ella Sartre publicó su primer trabajo; Gabriel Marcel expuso la filosofía de Jaspers, y Corbin inició la traducción de Heidegger.

A la influencia alemana, se sumó también la acción personal de dos rusos: Berdiaeff y Chestov. En este clima intelectual se formaron Sartre y Merleau-Ponty; Marcel, en cambio, ya había madurado su pensamiento cuando la filosofía alemana ingresaba en Francia.

Para respetar el orden cronológico que, en general, es el menos arriesgado, partiremos de él, o mejor, de un problema que Marcel vivió desde muy temprano y extremó hasta lo máximo. Me refiero al de la objetividad del conocimiento filosófico.

«Objetivo» es todo aquello que está fuera del sujeto, lo que todos pueden ver, sentir o comprobar, justamente porque está frente a uno y no dentro de uno. Por eso, las teorías tradicionales del conocimiento establecían que un saber sólo era tal, cuando alcanzaba objetividad, cuando cualquiera podía admitirlo, o mejor, cuando estaba obligado a hacerlo así. De este modo, el conocimiento verdadero, es decir, objetivo, se enfrentaba a la opinión. La opinión también pretende fundarse en un saber; pero es un

saber propio del que lo tiene. No es contradictorio que yo sostenga tal o cual opinión y que otro mantenga puntos de vista y convicciones diferentes. Mientras opino, pues la validez de mis juicios —el carácter de obligatoriedad que poseen mis afirmaciones— es restringido. Sólo dictatorialmente se imponen las opiniones; la verdad objetiva, en cambio, se admite sin resistencias, tan pronto como es vista y entendida.

La índole subjetiva de la opinión está muy bien señalada en alemán. El sustantivo *Meinung*, opinión, deriva del verbo *meinen*, que significa pensar; y *meinen*, a su vez, deriva de *mein*, que quiere decir mío. La opinión, pues, no es sino «el pensamiento mío», el cual difiere radicalmente del «pensamiento de todos», propio de las vivencias que alcanzan objetividad. Y la disyuntiva parece insuperable. O el conocimiento es «objetivo», válido para todos, u «opinión», saber subjetivo, que rige para mí. Este problema, este tener que decidirse por extremos, es el que atormentaba a Gabriel Marcel en una época en que ni siquiera se lo advertía como tal. Ya en 1919 anotaba en su *Journal metaphysique*: «Siempre el mismo dilema. Hecho objetivo o disposición interior. Cada vez que lo encuentro me parece tener que sortear una montaña. Más que nunca —añadía— estoy convencido que este “dilema” deja escapar lo esencial de la vida religiosa y del pensamiento metafísico más profundo». Tenía razón. Pero —y este juego de fuerzas en tensión es constante en Marcel— decir «estoy convencido» no significa todavía juzgar. Por eso, entre paréntesis agregó la formulación teórica del problema y se preguntó: «¿Acaso la cuestión no consiste, en el fondo, en investigar cómo es posible una objetividad de lo puramente individual?»

Estas palabras, en apariencia inocentes, encierran grave dificultad. La pregunta es esta: ¿cómo puede la reflexión, es decir, la flexión sobre uno mismo —y no otra cosa es la filosofía— pretender valer para todos? ¿Cómo lo indivi-

dual —el pensamiento que está en mí, que es subjetivo— puede aspirar a ser objetivo? Marcel advirtió que la respuesta la proporciona el arte. El artista, en efecto, siendo él mismo, y cuanto más es él mismo, logra transmitir su mensaje a todos. Por tanto, esta objetividad se alcanza a fuerza de subjetividad. Tradicionalmente, en cambio, se pensaba que sólo había un tipo de objetividad, la científica, que se logra por negación de lo personal. Y el conocimiento filosófico objetivo es de la primera clase. Descartes, por ejemplo, escribió un tratado de geometría. En sus ecuaciones nadie podría encontrar al autor, puesto que son la objetividad despersonalizada misma: todos, si las entienden, pueden comprobarlas, sin descubrir jamás nada de la peculiaridad del que las anotó. En el otro caso, cuando la personalidad impone su sello a la creación, está presente en ella: hay cierto estilo que nos permite reconocer al autor. Descartes está invisible en una ecuación; pero nos damos cuenta que *El discurso del método* o *Las meditaciones metafísicas*, son obras que sólo él hubiera podido escribir y que en ellas se muestra o exhibe. Además, en este tipo de creaciones es imposible que dos personas hagan, independientemente, lo mismo; es imposible, por ejemplo, que otro hubiera concebido y compuesto determinada sonata de Beethoven, sin ser Beethoven mismo. En ciencia, en cambio, y debido a la despersonalización, personas muy diferentes entre sí pueden llegar a idénticos resultados, tal como la historia nos lo muestra: la geometría analítica fué descubierta por Descartes y Fermat; el cálculo infinitesimal por Leibniz y Newton; Lobachevsky y Bolyai establecieron, cada uno por su cuenta, que la geometría de Euclides no era lógicamente necesaria.

En síntesis: en un caso, «objetividad» significa sacrificio de lo personal; en el otro, ahondamiento en la vida de la personalidad. El artista o el filósofo de genio descenden hasta zonas del espíritu que, por su hondura, no aparecen en el primer plano de la existencia trivial; pero cuya

verdad todos podemos captar en nosotros mismos, cuando otro nos la exhibe. Tales ideas constituyen el nervio de la obra de Marcel. En su *Journal*, por ejemplo, anotaba lo siguiente: «La ciencia no habla de lo real sino en tercera persona». Esta afirmación no será, espero, en extremo enigmática: tercera persona significa despersonalización.

No soy yo quien habla, sino nosotros, cualquiera.

La filosofía pierde de vista su propia naturaleza cuando imita la objetividad científica, olvidando que la de ella se aproxima a la artística. Irónicamente Marcel sostiene que las aspiraciones de ciertos filósofos por convertir su tarea en trabajo colectivo, cosa aplicable en el taller de una fábrica o en un laboratorio, se debe al complejo de inferioridad que aquéllos sienten frente al hombre de ciencia. A pesar de las diferencias que existen entre la creación artística y la investigación filosófica, el filósofo tiene afinidad con el artista, pues hay lo que Marcel llama una «convergencia» entre ambos dominios, una zona límite en la que se tocan el que crea y el que descubre. Y tal zona límite está en las profundidades de la personalidad. Por estas razones, el filósofo está obligado a hablar de lo real en primera persona, pues lo que él descubre, es decir, lo que muestra o expone a los otros, lo halla en el fondo de sí mismo.

Pero además hay otro motivo por el cual el pensador está constantemente obligado a decir «yo», aunque lo que diga tenga validez objetiva, es decir, valga para otros. La filosofía que al seguir la imagen de la objetividad científica se despersonalizaba, siempre era, por eso mismo, abstracta, porque consideraba desprendido de toda experiencia personal aquello que, sin embargo se le daba como vivencia. Marcel sostiene, en cambio, que la filosofía de la existencia debe ser concreta. Es decir, lo que el filósofo tiene que exponer —que poner fuera de sí— es el proceso mismo de su reflexión. «Una filosofía concreta, nos dice, es una filosofía del pensamiento pensante y no puede cons-

truirse sino por una especie de peligrosa y perpetua acrobacia». En esta acrobacia reside la inmensa dificultad de la lectura de Marcel, el penoso esfuerzo que se experimenta al seguirlo por caminos que no sabemos adónde conducen y que a veces no conducen a nada. Aclaro: no conducen a nada, si por algo entendemos determinada y precisa conclusión.

Sin embargo, si la filosofía es filosofía del *pensamiento que piensa*, tiene que ser así. Las exposiciones corrientes muestran lo pensado por el pensamiento, el término ya logrado de la reflexión. Marcel —y esta nota es común a todos los filósofos de la existencia— quiere decirnos cómo funciona y cómo es el acto de pensar en algo. El algo, en sí mismo, es pretexto de la reflexión. Justamente, lo que se llama fenomenología consiste en la aclaración de los diversos modos que adopta el pensamiento, según sean los objetos que se piensan. Y la reflexión fenomenológica —que está en el centro de la filosofía francesa actual— es la aclaración de los actos de la conciencia, en cuanto son actos puros, en cuanto se prescinde o se pone entre paréntesis el fin o el algo a que esos actos tienden. Por todo esto, muchos trabajos de Marcel no tienen conclusión propiamente dicha.

Pero la filosofía concreta necesita amplio contenido vivido. Cuanto más experiencias el filósofo tenga, tanto mayor será el campo de investigación que se le ofrece. De este modo, la filosofía de la existencia se opone a la filosofía técnicamente escolar o aprendida. «El filósofo —nos dice Marcel— está obligado a sobrepasarse a sí mismo en cuanto simple *Fachmann*, en tanto simple especialista», porque, añade, «el filósofo que se atiene a no pensar más que en tanto filósofo, se coloca más acá de la experiencia, en una región infrahumana; pero la filosofía no es detención, sino elevación por encima de la experiencia».

Luego, primero vivir y después filosofar, a no ser que se filosofe en el vacío, lo cual es el modo más directo de no filosofar. Es utópico creer que la historia de la filosofía puede sustituir las experiencias filosóficas, ya que sin éstas los sistemas filosóficos son letra muerta. El filósofo que capitula ante la historia de la filosofía, deja de serlo, por haber renunciado a vivir. «Quien no haya vivido un problema filosófico, afirma Marcel, no puede en modo alguno comprender lo que ese problema ha significado para los que lo vivieron antes que él. Desde este punto de vista, la proposición se invierte, pues la historia de la filosofía supone la filosofía, y no lo contrario».

La filosofía concreta, por tanto, supone la vida; pero se diferencia de la filosofía de la vida, porque no es reflexión psicológica sino fenomenológica sobre la misma. Dicho de otro modo: la filosofía de la vida era reflexión sobre «contenidos», se apoyaba sobre la conciencia o el saber de lo que se vivía; la filosofía de la existencia es reflexión sobre actos de la conciencia, los cuales son *anteriores* a los contenidos. Por eso, la filosofía concreta se mueve en un plano más hondo y previo al de los contenidos vividos mismos. Si yo puedo juzgar mi vida; si puedo hablar de «grados» vitales, al decir, por ejemplo, que la vida es más fuerte o más débil; si, por último, puedo distinguirla cualitativamente, al afirmar que la vida de fulano es más noble que la vulgar de tal otro, todo esto significa que la vida es algo que yo *tengo*. Así, en mi vida tengo tristezas, alegrías, esperanzas —es decir, contenidos de conciencia— y me doy cuenta que puedo perder mucho de lo que tengo sin por eso dejar de ser. Yo no soy, pues, mi vida, sino que la tengo. Y todo contenido supone el acto que lo engendra, así como todo tener supone alguien que tiene lo que tiene. Y a ese alguien que posee la vida, sin confundirse con ella, se le llama existencia. La existencia, pues, se refiere al *ser*, no al tener. Mientras puedo perder lo que tengo y seguir siendo, es impo-

sible que deje de existir y conserve mi ser. Aquí no se trata de algo dado, de contenidos, de grados ni de cualidades: simplemente se es o no se es. La existencia está entera, o no está en absoluto. Ser o no ser, sin otra alternativa: he ahí la cuestión.

Cuando la reflexión filosófica considera la vida desde este ángulo se convierte en filosofía de la existencia. No describe lo que la conciencia tiene, sino lo que es y aquello en lo cual le va su ser. La reflexión fenomenológica pone entre paréntesis todo contenido, todo tener, para despejar el ser. Hemos encontrado así el primer significado de la palabra existencia: quiere decir *ser* del hombre, o mejor, ser de su conciencia.

Pero hay otra significación. Existir no sólo es el hecho de ser, sino que es el hecho de ser de determinado modo, precisado por el prefijo *ex*. Con esto llegamos al centro mismo de la cuestión. ¿Qué quiere decir, con propiedad, *existir*, y por qué es un término que el existencialismo aplica tan solo al hombre?

El prefijo *ex* significa fuera, y *sistere*, poner o colocar. Existir equivale, pues, a *poner fuera*. Si unimos esta significación a la anterior, por la cual la existencia se refería al ser, encontraremos que en la existencia el ser se pone fuera, sale de sí. De este modo es contraria a la palabra *insistencia*, que significa «poner dentro». Hay seres, pues, que *insisten*, es decir, que ponen el ser dentro de ellos, y otros que existen, que lo ponen fuera. Por último los seres que insisten, al mismo tiempo *subsisten*, ocultan el ser que tienen, lo guardan dentro de ellos mismos, se vuelven incommunicables con otros.

En primer lugar, el único ser que está o se pone fuera de sí es el hombre. A través de la obra de Lavelle ya sabemos que el hombre no tiene una naturaleza predeterminada, una esencia que de antemano lo hace ser lo que es, sino que es pura o mera posibilidad de ser. Esto significa que no tiene ser dentro de sí; dentro de sí mismo